

Georges Perec

Ellis Island

Prólogo de Pablo Martín Sánchez



Esta obra personalísima contiene la reconstrucción del fantasma de Ellis Island, escondida en la larga historia de la inmigración europea a Estados Unidos. Mientras explora esta pequeña isla, cercana a la Estatua de la Libertad de Nueva York, Perec conjura a los dieciséis millones de personas que a finales del siglo XIX y comienzos del XX llegaron siendo extranjeros para convertirse en norteamericanos.

Publicado por primera vez en España, *Ellis Island* es un texto único, un híbrido con tanta carga poética como fuerte valor simbólico con el que el autor ahonda, con precisión de mago, en los conceptos de desarraigo, supervivencia y exilio. Las esperanzas y los desengaños de quienes dejaban atrás su país en búsqueda de un destino dorado adquieren aquí, con las políticas antimigratorias actuales, una triste actualidad.

Georges Perec, «una de las personalidades literarias más singulares del mundo, un escritor radicalmente distinto a cualquier otro» (Italo Calvino), sorprende aún hoy por su clarividencia, su desafío a cualquier tipo de convención y, por encima de todo, su profundo «compromiso con el mundo, su necesidad de contar historias, su ternura» (Paul Auster).

A la memoria de Madame Kamer.

DE LA MEMORIA POTENCIAL A LA POTENCIA DE LA MEMORIA (UN PRÓLOGO A *ELLIS ISLAND*)

Podemos imaginar perfectamente el encuentro: el bisnieto de un judío polaco rechazado por los servicios de inmigración estadounidenses queda fascinado al leer una novela escrita por el hijo de unos polacos judíos emigrados a Francia, víctimas de la guerra y de la *shoah*. Poco tiempo después, el hijo de los polacos judíos sale profundamente conmovido de la proyección de un documental rodado por el bisnieto del judío polaco. La novela se titula *W o el recuerdo de infancia* y combina el relato autobiográfico con la historia de una sociedad fascista en una isla imaginaria; el documental se titula *Refugiado procedente de Alemania, apátrida de origen polaco* y da cuenta del exterminio de la población judía de Radom, ciudad natal del padre del director. El escritor se llama Georges Perec, el realizador responde al nombre de Robert Bober. Y están destinados a encontrarse.

La excusa para trabajar juntos se la da la apertura al público de Ellis Island, un islote cercano a la estatua de la Libertad que lleva décadas abandonado y que las autoridades han convertido en monumento histórico, algo así como un museo de la inmigración, al haber sido lugar de paso obligado para los millones de europeos que llegaron a Estados Unidos entre 1892 y 1924. La propuesta parte de Robert Bober, pero Georges Perec no las tiene todas consigo. ¿Cómo involucrarse en un proyecto tan alejado en el tiem-

po y el espacio, cuando se puede hablar de la inmigración desde experiencias mucho más próximas? Al final decide aceptar, aunque solo sea para descubrir por qué ha acabado aceptando. El resultado será un largometraje titulado *Relatos de Ellis Island (1978-1980)* y el libro que el lector tiene entre manos, una obra absolutamente personal, donde Perec reflexiona sobre su propia identidad e imagina qué otro destino habría podido ser el suyo.

En un texto titulado «Notas sobre lo que busco», incluido en el volumen *Pensar/Clasificar*, el propio Perec reconocía en su literatura cuatro tendencias fundamentales, cuatro «modos de interrogación»: el sociológico, el autobiográfico, el lúdico y el novelesco. En sus obras suele predominar alguna de estas perspectivas, aunque no es extraño que aparezcan entremezcladas, como ocurre en *Ellis Island*. Así, tenemos al Perec sociológico fascinado por lo infraordinario, por aquello que ya no vemos de tanto mirarlo, que ya no notamos de tanto tocarlo, que ya no apreciamos de tanto frecuentarlo; de ahí que el texto esté plagado de objetos y detalles cotidianos. Tenemos también al Perec autobiográfico, acuciado por el recuerdo personal y colectivo, que reflexiona sobre su identidad de «judío por ausencia» y convierte Ellis Island en una suerte de memoria potencial, en una autobiografía probable. Tenemos incluso al Perec lúdico, amante de las constricciones y de los juegos formales, como demuestra ese acróstico que conforman los siete primeros puertos que aparecen en el texto: Rotterdam, Bremen, Goteborg, Palermo, «Istanbul», Nápoles y Amberes, que corresponden a las iniciales de Robert Bober, Georges Perec y el INA, financiador del proyecto. Tenemos, por último, al Perec novelesco, aficionado a las peripecias y a los libros que se devoran de bruces sobre la cama: no en vano, *Ellis Island* es la aventura de un descubrimiento, una especie de *quest* en la que su autor se embarca en busca de una respuesta a una doble pregunta: ¿cómo y por qué contar esta historia?

La película rodada por Bober y comentada por Perec (suya es la voz en *off*) empieza con un breve texto que no aparece en el libro: «En París, cuando decíamos que íbamos a rodar un documental sobre Ellis Island, casi todo el mundo nos preguntaba de qué iba. En Nueva York, casi todo el mundo nos preguntaba por qué». Y es que el texto no deja de ser un gran signo de interrogación, donde las numerosas preguntas que lo jalonan (¿cómo describir?, ¿cómo contar?, ¿cómo mirar?) no son tan solo el eco lejano de las veintinueve preguntas que el servicio de inmigración disparaba a los recién llegados (¿cómo se llama?, ¿de dónde viene?, ¿qué edad tiene?, ¿cuánto dinero tiene?), sino también el reflejo fractal del terrible interrogante que recorre todo el libro: ¿por qué? Y ante semejante pregunta, uno siente la tentación de afirmar que solo hay tres respuestas posibles: o callar, como propuso Adorno; o vaciar el lenguaje hasta llevarlo al absurdo, como propuso Beckett; o «intentar nombrar las cosas, una a una, sencillamente, enumerarlas, contabilizarlas, de la manera más normal posible, de la manera más precisa posible, procurando no olvidar nada», como propone Perec. De ahí su pasión por las listas, las taxonomías, las enumeraciones; de ahí su poética del agotamiento (o del inventario) que llevará hasta las últimas consecuencias en *Tentativa de agotamiento de un lugar parisino*, un texto de amanuense de la vida ordinaria que en su aparente banalidad resulta conmovedor hasta las lágrimas.

La lista, además, tiene una forma que recuerda inevitablemente a la poesía, por lo que no es de extrañar que la segunda parte del libro esté escrita en lo que podríamos calificar de verso libre. Es muy probable que el origen audiovisual del proyecto condicionara a Perec a la hora de elegir la composición del texto, que parece reclamar una lectura pausada, en tono de letanía o de salmodia, como si la historia de Ellis Island no requiriese levantar la voz para ser contada, como si el método más efectivo para llegar al

lector fuese dejar que las palabras caigan por su propio peso, como las gotas del grifo mal cerrado de la historia, y resuenen estrepitosamente, sobrecogedoramente en el silencio de la lectura.

El propio Perec confiesa haberse sentido preocupado, fascinado, implicado por las imágenes de Ellis Island, pero el gran mérito de este texto tan breve como extraordinario consiste en que logra trasladar esa experiencia al lector, preocupándolo, fascinándolo e implicándolo a él también, obligándolo a revisar y a cuestionar su propia historia y su propio concepto de la memoria. Porque *Ellis Island* no deja de ser, en última instancia, un libro sobre la ruina: la ruina física de lo que fue un lugar de esperanza y desesperación, la ruina moral de una sociedad que pone puertas al campo y convierte la memoria en un parque temático.

PABLO MARTÍN SÁNCHEZ

NOTA EDITORIAL

En 1978, el Institut National de l'Audiovisuel confió a Georges Perec y a Robert Bober, a partir de una idea de este, la realización de una película sobre Ellis Island. Ambos hicieron un primer viaje a Nueva York para buscar localizaciones en ese lugar y luego volvieron en 1979 para rodar lo que acabará siendo *Relatos de Ellis Island, historias de errancia y esperanza*, película en dos partes (*Huellas y Memorias*), emitida por primera vez por TF1 los días 25 y 26 de noviembre de 1980. Ese año, Éditions du Sorbier y el Institut National de l'Audiovisuel publicaron el texto escrito por Georges Perec, así como el de las entrevistas que constituían la segunda parte del documental. Se completaba la edición con algunas fotos de época y del rodaje. En 1994, Éditions P.O.L y el Institut National de l'Audiovisuel reeditaron, en un álbum cuyo diseño corrió a cargo de Jean Lagarrigue, los textos publicados en 1980 por Éditions du Sorbier. Esta edición contó con numerosos documentos y fotografías, muchos de los cuales habían sido reunidos por Georges Perec y Robert Bober para su «diario de rodaje», así como reproducciones del manuscrito original. La presente edición, concebida por Ela Bienenfeld^[1], renuncia deliberadamente a las entrevistas y privilegia el texto, con el fin de subrayar la importancia que tuvo para Georges Perec la confrontación con el lugar mismo de la dispersión, del encierro, de la errancia y de la esperanza.

*Nuestro país es esta delgada orilla
en la que hemos aquí arrojados.*

JEAN-PAUL DE DADELSEN,
Jonas

I LA ISLA DE LAS LÁGRIMAS

A partir de la primera mitad del siglo XIX, una extraordinaria esperanza sacude Europa: para todos los pueblos aplastados, oprimidos, sometidos, sojuzgados, masacrados, para todas las clases explotadas, hambrientas, devastadas por las epidemias, diezmadas durante años por la escasez y la miseria, una tierra prometida empieza a existir: América, una tierra virgen abierta a todo el mundo, una tierra libre y generosa en la que los condenados del viejo continente podrán convertirse en los pioneros de un nuevo mundo, en los fundadores de una sociedad sin injusticias ni prejuicios. Para los campesinos irlandeses cuyas cosechas fueron asoladas, para los liberales alemanes perseguidos después de 1848, para los nacionalistas polacos aplastados en 1830, para los armenios, para los griegos, para los turcos, para todos los judíos de Rusia y del Imperio austrohúngaro, para los italianos del sur que morían de cólera y de miseria por centenares de miles, América había pasado a ser el símbolo de la vida nueva, de la oportunidad por fin dada, y millones de personas, por familias y pueblos enteros, desde Hamburgo, Bremen, El Havre, Nápoles o Liverpool, se embarcaron en ese viaje sin retorno.

Durante varias décadas, la última etapa de aquel éxodo sin precedente en la historia de la humanidad, al término de una travesía efectuada muy a menudo en condiciones de-

plorables, fue un pequeño islote llamado Ellis Island, donde los servicios de la Oficina Federal de Inmigración habían instalado su centro de recepción. De ese modo, sobre aquel estrecho banco de arena en la desembocadura del Hudson, a pocos cables náuticos de la estatua de la Libertad, por aquel entonces recién inaugurada, se reunió temporalmente a todos aquellos que, después, formaron la nación americana.

Prácticamente libre hasta alrededor de 1875, la entrada de extranjeros en suelo estadounidense fue progresivamente sometida a una serie de restricciones, al principio establecidas y aplicadas a escala local (autoridades municipales y portuarias), luego reagrupadas en el seno de una Secretaría para la Inmigración dependiente del gobierno federal. Abierto en 1892, el centro de recepción de Ellis Island marca el fin de una emigración casi salvaje y el advenimiento de una emigración oficializada, institucionalizada y, por así decir, industrial. De 1892 a 1924, cerca de dieciséis millones de personas pasarán por Ellis Island, a razón de entre cinco y diez mil por día. La mayor parte permanecería allí unas horas; solo entre el dos y el tres por ciento fueron rechazados. En resumidas cuentas, Ellis Island no será más que una factoría para fabricar americanos^[2], una fábrica para transformar emigrantes en inmigrantes, una fábrica a la americana, tan rápida y eficaz como una charcutería de Chicago: en un extremo de la cadena se pone a un irlandés, a un judío de Ucrania o a un italiano de Apulia, y por la otra punta —después de una inspección ocular, un vaciado de bolsillos, una vacunación y una desinfección— sale un americano. Pero, al mismo tiempo, al cabo de los años, las condiciones de admisión se volvieron cada vez más estrictas. Poco a poco se fue cerrando la *Golden Door* de aquella América fabulosa en la que los pavos caían ya asados sobre los platos, en la que las calles estaban adoquinadas con oro

y la tierra pertenecía a todo el mundo. En realidad, la emigración empieza a remitir a partir de 1914, en principio por causa de la guerra, pero también debido a una serie de medidas discriminatorias cualitativas (*Literacy Act*) y cuantitativas (*quotas*), con las que se prohibía prácticamente la entrada en Estados Unidos a esos «desechos miserables» y a esas «masas apiñadas» a las que, según Emma Lazarus, la estatua de la Libertad invitaba a venir. En 1924, las formalidades de inmigración serán confiadas a los consulados americanos en Europa, y Ellis Island pasará a ser un centro de detención para emigrantes en situación irregular.

Durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, Ellis Island, culminando su vocación implícita, se convertirá en una prisión para todos aquellos individuos sospechosos de actividades antiamericanas (fascistas italianos, alemanes pronazis, comunistas reales o presuntos). En 1954, Ellis Island fue cerrada definitivamente. Hoy es un monumento nacional, como el monte Rushmore, el *Old Faithful* y la estatua de Bartholdi, administrado por Rangers con sombreros de *scout* que lo enseñan a los visitantes durante seis meses al año, cuatro veces al día.

No todos los emigrantes estaban obligados a pasar por Ellis Island. Los que disponían de suficiente dinero para viajar en primera o en segunda clase pasaban rápidamente la inspección a bordo por un médico y un funcionario y desembarcaban sin problemas. El gobierno federal estimaba que estos emigrantes tendrían con qué satisfacer sus necesidades y no supondrían una carga para el Estado. Los emigrantes que estaban obligados a pasar por Ellis eran los que viajaban en tercera clase, es decir, en la entrecubierta, en realidad en la bodega, por debajo de la línea de flotación, en grandes dormitorios corridos sin ventanas, sin apenas ventilación y sin luz, donde dos mil pasajeros se amontonaban sobre jergones a modo de literas. El viaje costaba

diez dólares en la década de 1880 y treinta y cinco después de la guerra de 1914. Duraba alrededor de tres semanas. La alimentación consistía en patatas y arenques.

Toda una serie de formalidades tenía lugar durante la travesía; esta estaba a cargo de las compañías de navegación, que eran, en cierto modo, responsables de los pasajeros que embarcaban, ya que debían pagar los gastos de estancia de los emigrantes retenidos en Ellis Island y, en caso de devolución, asumir su retorno a Europa. Esas formalidades consistían en un reconocimiento médico, generalmente chapucero, vacunaciones, desinfecciones y el establecimiento de una ficha descriptiva en la que se consignaban diversas informaciones relativas al emigrante: identidad, procedencia, destino, recursos, antecedentes judiciales, tutor en Estados Unidos, etcétera.

Una vez en la misma Ellis Island, las formalidades de inspección duraban, en el mejor de los casos, de tres a cinco horas. Los que llegaban eran sometidos, en primer lugar, a una revisión médica. Cualquier individuo considerado sospechoso era retenido y sometido a un examen médico mucho más profundo; muchas enfermedades contagiosas implicaban automáticamente el rechazo, en particular el tracoma, la tiña (*favus*) y la tuberculosis.

Los emigrantes que pasaban sin problemas esa inspección eran entonces llamados, al cabo de una espera más o menos larga, ante unos escritorios (*legal desks*) detrás de los cuales se sentaban un inspector y un intérprete (el célebre alcalde de Nueva York Fiorello La Guardia fue durante mucho tiempo intérprete de yiddish y de italiano en Ellis Island). El inspector disponía de unos dos minutos para deci-

dir si el emigrante tenía derecho o no a entrar en Estados Unidos y tomaba su decisión después de haberle hecho una serie de veintinueve preguntas:

- ¿Cómo se llama?
- ¿De dónde viene?
- ¿Por qué viene a Estados Unidos?
- ¿Qué edad tiene?
- ¿Cuánto dinero tiene?
- ¿De dónde procede ese dinero?
- Muéstremelo.
- ¿Quién ha pagado su pasaje?
- ¿Ha firmado en Europa algún contrato para venir a trabajar aquí?
- ¿Tiene amigos aquí?
- ¿Tiene familia aquí?
- ¿Alguien puede responder por usted aquí?
- ¿Cuál es su oficio?
- ¿Es usted anarquista?
- Etcétera.

Si el recién llegado respondía de una manera que el inspector juzgaba satisfactoria, este sellaba su visado y lo dejaba marchar después de haberle dado la bienvenida (*Welcome to America*). Si había el menor problema, el inspector escribía en su planilla «S. I.», que significaba *Special Inquiry*, inspección especial, y la persona en cuestión que acababa de llegar era convocada, al cabo de una nueva espera, ante una comisión compuesta por tres inspectores, un taquígrafo y un intérprete, los cuales sometían al aspirante a la inmigración a un interrogatorio mucho más exhaustivo.

En 1917, pese al veto del presidente Wilson, el Congreso votó la *Literacy Act*, por la que a los aspirantes a la inmigra-

ción se les exigía que supieran leer y escribir en su lengua de origen y que se les sometiera a diversos test de inteligencia. Estas medidas, junto con la aplicación de cupos discriminatorios para los nuevos emigrantes (los que procedían de la Europa del Este, Rusia e Italia, por oposición a aquellos que, en los tres primeros cuartos del siglo XIX, habían venido de los países escandinavos, Alemania, Holanda, Inglaterra e Irlanda), hicieron las formalidades de admisión mucho más largas y, año tras año, mucho más difíciles.

La mayoría de los inspectores llevaban a cabo su trabajo concienzudamente y, con la ayuda de los intérpretes, procuraban obtener la mejor información posible de los recién llegados.

Un gran número de ellos eran de origen irlandés y poco habituados a la grafía y a la consonancia de los nombres de Europa central, de Rusia, de Grecia y de Turquía. Por otro lado, muchos emigrantes deseaban tener nombres que *parecieran americanos*. De ahí que en Ellis Island se produjeran innumerables historias de cambios de nombres: a un hombre llegado de Berlín se le llamó Berliner, a otro cuyo nombre era Vladimir se le sustituyó por Walter, otro llamado Adam pasó a ser Adams, un Skyzertski se convirtió en Sanders, un Goldenburg en Goldberg, mientras que un Gold derivó en Goldstein.

Aconsejaron a un viejo judío ruso que eligiera un apellido muy americano para que los funcionarios del registro civil no se equivocaran al transcribirlo. El viejo pidió consejo a un empleado de la sala de equipajes, quien le propuso *Rockefeller*. El viejo judío repitió varias veces seguidas *Rockefeller, Rockefeller*, para estar seguro de no olvidarlo. Pero cuando, muchas horas más tarde, el funcionario del registro le preguntó el apellido, él lo había olvidado por completo y